

Carlos Tabbia

EL FANATISMO, LA IDENTIDAD Y EL PENSAMIENTO

(Versión corregida de la conferencia dictada en el
Grupo de Psicoterapia Analítica de Bilbao –GPAB- el 28 de marzo del 2009)

Muchos de los dolorosos momentos que está viviendo el mundo están vinculados a la reivindicación de las primeras creencias, las tradiciones o el retorno a los orígenes religiosos de la organización de la existencia. En nombre de Dios se organizan ideologías que defienden la pureza de los primeros textos y principios. Estas reivindicaciones están presentes en términos como fanatismo, fundamentalismo, terrorismo, integrismo, ortodoxia, etc. que es necesario diferenciar. “‘Fundamentalismo’ es el término de origen anglosajón con el que se catalogaba a las iglesias y organizaciones protestantes que insistían en el origen divino y en la infalibilidad de la Biblia. Alude, en general, a todos aquellos que postulan un retorno a las creencias fundacionales y a los fundamentos de una religión cualquiera. En la adaptación que se ha hecho de este término al Islam (‘fundamentalismo islámico’) se entiende la religión petrificada del Corán convertida en ideología. [...] Integrismo es una palabra de origen francés que aparece en Francia en 1910, con motivo de la querrela entre católicos intransigentes y modernistas. Aplicada esta concepción al Islam, integristas son aquellos que realizan una lectura literal y rígida de los textos sagrados, y se declaran contrarios a cualquier interpretación o modificación de los mismos. Integrismo islámico sería, igualmente, la radicalización dogmática y autoritaria del Islam del creyente desesperado, una especie de

fascismo religioso en cuyo nombre, además, los grupos más extremistas matan arbitraria e indiscriminadamente a todos los que se muestran contrarios a sus postulados y a su modelo ideal de sociedad, basado en los principios férreos del Islam” (Escribano, L., 2001, p. 17). Estas hostilidades en nombre de unos principios fundamentales lleva al poeta tunecino Abdelwahad Meddeb (2003) a afirmar que “si el fanatismo fue la enfermedad del catolicismo, y el nazismo la enfermedad de Alemania, no hay duda de que el integrismo es la enfermedad del Islam” (p. 10). Con el término fanatismo se nombra una rígida actitud que no admite variaciones. Fundamentalismo, integrismo, fanatismo, dogmatismo, sectarismo son distintas manifestaciones de una radical intolerancia frente a cualquier vértice nuevo en nombre de la defensa de una idea que se pretende eterna. La consiga de amar a Dios o a la patria “por encima de todas las cosas” puede caracterizar al fanático y lo diferencia de la persona entusiasta y amante de su país, de su cultura o de sus tradiciones pero sin atribuirle a esos objetos y valores el carácter excluyente y superlativo del “por encima de todo”. La fe ciega en una idea y la creencia en la posesión de la verdad justifica y predispone a actuar en el rol de conductor, de *Führer* o de predicador. Mohamed Baqer al Hakim, cabeza visible de un movimiento político y religioso que aspiraba a establecer una República Islámica en Irak, proclamó nada más llegar a Irak desde Irán: “Nuestro deber es indicar al pueblo iraquí el camino exacto y darle todo lo necesario para una reconstrucción política, económica y de la sociedad” (Marirrodriga, J., 2003, p. 5); estas mismas palabras podrían estar en la boca de los misioneros católicos que llegaron a América junto con Cristóbal Colon, para indicar el camino exacto. Esos conductores son capaces de defender su “punto de vista” pero tienen serias dificultades para entender y compartir otros vértices. Lo nuestro y lo ajeno pueden devenir en argumentos elementales para los fanáticos.

CON-TEXTO DEL FANATISMO

Lo ajeno puede ser un estímulo para el desarrollo simbólico y del conocimiento y para el ejercicio de la curiosidad no intrusiva pero también puede disparar el anhelo de transformar al otro de acuerdo a “mi” modo de ver la realidad; cuando se vive centrado en sí mismo se suele creer que el otro piensa de la misma manera y si se advierte lo contrario se puede sentir el deseo “convertirlo” para que vea con las gafas “verdaderas”. A veces resulta difícil encontrar los límites entre ofrecer un punto de vista para estimular el pensamiento y el orquestar una campaña para dirigir el pensamiento ajeno. La publicidad puede ejemplificar los intentos de estimular a la obediencia; pero también existen otras formas más sutiles que buscan “convertir” al público y crear entonces un pensamiento dirigido. Por ejemplo, en nombre de la “voluntad popular” se modifica la interpretación de las leyes (alargando la condena de presos pronto a ser liberados) y en nombre de la “demanda social” también se modifican leyes; en España se han realizado reformas del Código Penal cada año; como si actos criminales que generan conmoción social precipitara una reforma legal para tranquilizar al público... Pero quizás no se percibe que la inquietud del público no sólo puede estar motivada por la sed de venganza, sino que, también, puede estar estimulada por las necesidades económicas de los medios de comunicación. Comparando la población de España y Finlandia, hay menos población reclusa en Finlandia que en España y esto se puede atribuir al hecho de que en Finlandia los periódicos se venden por suscripción, lo cual torna innecesario el crear titulares alarmistas para aumentar la venta de ejemplares. Los titulares crean “opinión pública” que luego presiona a los legisladores y a los tribunales de justicia. También los políticos deshonestos son hábiles creadores de medias verdades y de mentiras descaradas que intentan crear una opinión pública domesticada.

Mantener una “opinión propia” exige una tarea que no siempre se está en condiciones de realizar, sobre todo bajo la información condicionante de los flautistas de Hamelin. La técnica del reflector¹ es un recurso simple para condicionar el pensamiento. El fanático circunscribe una parte de la realidad y con eslóganes reiteradamente repetidos pretende conducir al otro. Frente a la máxima cartesiana, “pienso, luego existo”, el fanático dice: “sígueme”.

Esa indicación se torna tentadora en un mundo en crisis, en un mundo que sigue perdiendo la narcisista cosmovisión infantil: ya no es el centro del universo, ni desciende del barro divino, ni se rige por la razón, ni puede devenir humano al margen del grupo, ni existe ninguna ideología que lo libere de la ansiedad, y las certezas se desmoronan al ritmo de la curiosidad científica y además ni el consumismo ya no es un refugio seguro... Frente a las antiguas ideologías o cosmovisiones, actualmente “se ha sustituido destino por diseño” –como irónicamente decía el filósofo Rubert de Ventós- derivándose entonces hacia un escepticismo angustioso. En épocas de crisis suele aparecer alguien ofreciéndose como conductor por la verdadera senda², aunque luego termine arrojando al río desde aviones a la mala hierba, como hacia el salvador general Videla en Argentina. Éste creía distinguir a los verdaderos argentinos y a los traidores, pues los fanáticos creen tener el olfato de los hurones para detectar a los traidores, a los que siempre están buscando. Porque “traidor –dice Amos Oz, 2002- es quien cambia a ojos de aquellos que no pueden cambiar y no cambiarán, aquellos que odian cambiar y no pueden concebir el cambio, a pesar de que siempre quieran cambiarle a uno. En otras palabras, traidor, a ojos del fanático, es cualquiera que cambia” (p. 19), y por tanto deviene un peligroso tumor a ser exterminado. Este quirúrgico recurso surge porque para el fanático la verdad es una, justa y eterna. “Hace poco, -decía el filósofo Gianni Vattimo (2009)- el Papa repitió su idea constante de que la verdad no es negociable.

¿Ese ‘fundamentalismo’ es sólo característica del catolicismo, o de todo el cristianismo? [...] No hay más que ver los frecuentes diálogos interreligiones que se celebran en cualquier parte del mundo, en los que los interlocutores suelen ser ‘dirigentes’ de las distintas confesiones. No dialogan para cambiar nada; no es más que una forma de volver a confirmar su autoridad en sus respectivos grupos” (p. 29). Y si la verdad es innegociable y las culturas diferentes son mutuamente peligrosas es posible deslizarse hacia la violencia –decía Hanna Segal (2003)- “para destruir el trabajo del demonio (representado [entonces] por la Rusia soviética), el fin del mundo siendo la guerra de Dios para limpiar la tierra de todo mal, preparando el camino para un nuevo orden próspero y lleno de optimismo” según el modelo “justo y verdadero”; con estas palabras la psicoanalista Segal describía el peligro que representaron los fundamentalistas cristianos enquistados en el gobierno norteamericano en la época de Bush.

En períodos de inestabilidad no sólo surge la necesidad de verdades eternas sino que se incrementa la interrogación sobre la propia identidad; esta necesidad de definir los términos de la propia identidad se observa, por ejemplo, en esa urgencia por construir el árbol genealógico cuando los padres mueren, o la pregunta por la identidad que irrumpe con la revolución hormonal de la pubertad, que mueve a llamar a la adolescencia como la “edad filosófica”.

La pregunta por la identidad, a nivel social, surge cuando ya no alcanza el concepto de “proximidad” para definir la pertenencia a una comunidad. La proximidad está ligada al lugar, a la vecindad; vecino (del latín *vicus*, lugar) –según la Real Academia Española- es el “que habita con otros en un mismo pueblo, barrio o casa, en habitación independiente”; además es el “semejante, parecido o coincidente”. En la vecindad los roles sociales suelen estar predeterminados y cuando algo altera el orden todo el conjunto se afecta. El aislamiento geográfico, informativo y tecnológico (la

informática) favorece el sentimiento de proximidad, el cual se modifica cuando las carreteras y la información llegan, o cuando las necesidades mueven a la emigración o a recibir inmigrantes. En la estabilidad de los grupos próximos las personas suelen adquirir una identidad derivada del lugar más que por su individualidad. En la Cataluña rural el “*renom*” (sobrenombre), o nombre de la casa, identifica casi más que el apellido. Ante el desconocido surgen las preguntas: ¿De qué familia eres? ¿De dónde eres? ¿Freudiano, kleiniano, lacaniano? Preguntas que intentan coagular la ansiedad con una respuesta.

No pocas veces se podrá sentir que “el infierno son los otros” –como decía Sastre en *A puertas cerradas*- pero sin esos otros se carece de identidad porque esta es “un efecto de la mirada del otro sobre mí, mirada que es y me hace máscara, *persona*” (Morey, 2007, p. 36). Así como en las vecindades se adquiere identidad y se garantiza la convivencia a través de un orden predeterminado también puede devenir en un “infierno”, que suele estallar de diferentes maneras. En un pequeño pueblo de anarquistas del Pirineo catalán se continúa celebrando la fiesta patronal en dos sitios distintos, separados unos cien metros entre sí, unidos por un puente sobre un pequeño río, separación necesaria para mantener congelado el resentimiento de dos grupos anarquistas enfrentados hasta matarse durante la Guerra civil. Anarquistas que se mataban entre sí por matices ideológicos. Las luchas por la defensa de la identidad grupal se manifiesta de múltiples maneras. Así, la lucha entre bandos por la identidad, durante el período de la construcción nacional en Francia, se desarrolló según Baumann (2007) esgrimiendo cada uno la “defensa de costumbres y hábitos, recuerdos, lenguas locales más pequeños, contra ‘los de la capital’, que fomentaban la homogeneidad y exigían uniformidad, esgrimida en la ‘cruzada cultural’ de los partidarios de la unidad nacional que pretendían extirpar el ‘provincianismo’, el parroquianismo, el *esprit de clocher* de las

comunidades locales o étnicas. El propio patriotismo nacional desplegó sus tropas en dos frentes: contra el ‘particularismo local’, en nombre de intereses y destino nacionales compartidos, y contra el ‘cosmopolitismo desarraigado’ compartido, que consideraba y trataba a los nacionalistas justo de la misma forma que los nacionalistas consideraban y trataban a los ‘paletos provincianos cortos de mirar’ por su lealtad a idiosincrasias étnicas, lingüísticas o de culto” (p. 163). La batalla por la identidad suele surgir al considerar que el río, como en el pequeño pueblo pirenaico, tiene una sola orilla: la “nuestra, la auténtica” mientras que la otra orilla, la de los “otros” es extranjera, ignorándose que el puente puede unir mundos distintos, aunque no tanto.

Ocasionalmente, algunas personas con cierta restricción en su personalidad pueden tornarse las más vehementes defensoras de la identidad, de la excelencia de “esta orilla”, y suelen ser las que más sufren frente a lo diferente, sobre todo en un mutante mundo globalizado, como el que describía un cartel colgado en las calles de Berlín en 1994 y que según Baumann (op. cit.) “se reía de las lealtades a marcos ya incapaces de contener las realidades del mundo: *‘Vuestro Cristo es judío. Vuestro coche es japonés. Vuestra pizza es italiana. Vuestra democracia, griega. Vuestro café, brasileño. Vuestra fiesta, turca. Vuestros números, árabes. Vuestras letras, latinas. Sólo vuestro vecino es extranjero’*” (p. 64). Pero la persona insegura no se burla ante lo diferente porque se siente amenazada. Si su sincero y auténtico derecho a disponer de una comunidad cultural estable, enriquecida con aportes de otros modos de vida, no se logra y si teme verse expuesto al desamparo, se crean condiciones para buscar refugio en ideas o maneras rígidas en entender las cosas. Cuando la inestabilidad social se extiende, el anhelo de autoritarismo aumenta al ritmo del incremento del paro... En situaciones extremas “no es de extrañar que para mucha gente la promesa fundamentalista de ‘nacer de nuevo’ en un hogar parecido a una

familia, cálido y seguro, sea una tentación a la que a duras penas oponen resistencia. Podrían haber preferido algo distinto de la terapia fundamentalista, un tipo de seguridad que no exige borrar la identidad ni renunciar a la libertad de elegir, pero una seguridad así no está en oferta. El ‘patriotismo constitucional’ no es una elección realista pero una comunidad fundamentalista se les antoja seductora en su sencillez, así que se sumergirán en su calidez de inmediato, aunque sepan que luego tienen que pagar por el placer” (Baumann, op. cit., p. 104). Pero el precio no es excesivo si se puede disfrutar de la sensación de seguridad y superioridad que otorga una certeza o la de ser un privilegiado participante de la comunidad de los sensatos. Certeza y superioridad pueden ser considerados, también, otros ingredientes simples del fanatismo, junto con la disociación radical entre los de casa, los del *fanum*³ y los de fuera, los *pro-fanos*; en éstos se puede depositar todo lo rechazado de la comunidad, tornándose devaluados objetos aptos para ser desechados, hasta eliminarlos como a los habitantes del otro lado del río pirenaico... Desde el atalaya narcisista se determina quiénes son los enemigos de la comunidad, del país y por ese motivo se los puede combatir. Esta es “la típica reivindicación fanática: si pienso que algo es malo, lo aniquilo junto a todo lo que lo rodea” (Oz, op. cit, p. 12/13). Esta prepotencia impide la reparación y, por el contrario, alimenta la culpa persecutoria que reclama castigo. Pero la necesidad de castigo se resuelve derivándola hacia fuera, hacia lo pro-fano, con lo que se genera un círculo infernal de defensas que impiden aprender de la experiencia y rectificar. El recurso para no rectificar consiste en encontrar siempre otro enemigo. Hanna Segal señalaba que después que terminó la guerra fría “la OTAN buscaba un nuevo enemigo para justificar la continuación de su poder militar. George Kennan estaba impactado al descubrir, en sus visitas a las capitales occidentales, que a pesar de la desaparición de la supuesta amenaza soviética -nuestra aparente razón para

mantener un arsenal nuclear- los países occidentales no podían concebir el desarme nuclear. Era como una adicción. La potencia de fuego nuclear aumentaba constantemente”. Para huir de las ansiedades persecutorias o aliviar las confusionales se necesitan compulsivamente enemigos denigrables y destruibles. La adicción anestesia el pensamiento.

La duda y la interrogación aturden al confuso e irritan al paranoico, del mismo modo que la independencia de criterio amenaza al fanático, por eso suelen estar ellos tan interesados en conseguir la adhesión a su propia causa, a su modo de pensamiento. “La esencia del fanatismo –dice Oz, op. cit.- reside en el deseo de obligar a los demás a cambiar. En esa tendencia tan común de mejorar al vecino, de enmendar a la esposa, de hacer ingeniero al niño o de enderezar al hermano en vez de dejarles ser. El fanático es una criatura de lo más generosa. El fanático es un gran altruista. A menudo, está más interesado en los demás que en sí mismo. Quiere salvar tu alma, redimirte. Liberarte del pecado, del error, de fumar. Liberarte de tu fe o de tu carencia de fe. Quiere mejorar tus hábitos alimenticios, lograr que dejes de beber o de votar. El fanático se desvive por uno. Una de dos: o nos echa los brazos al cuello porque nos quiere de verdad o se nos lanza a la yugular si manifestamos ser unos irredentos [...] De una u otra forma, el fanático está más interesado en el otro que en sí mismo por la sencillísima razón de que tiene un sí mismo bastante exiguo o ningún sí mismo en absoluto” (p. 23/7). El objetivo de la vocación apostólica del fanático es construir un grupo con pensamiento homogenizado, sencillo, puro que otorgue amparo frente a la otra orilla, ese mundo pérfido (desleal, infiel, traidor, que falta a la fe verdadera), tal como proclaman las sectas con mensajes del siguiente estilo: “esta nueva cultura se mantiene pura porque no permite que entre en ella nada extraño o sucio que pueda contaminarla. Uno debe abandonarlo todo para formar parte de

ella” (Quesada, 2009, p. 8); la condición para la pureza es colocar lo sucio fuera y su precio es el abandono del propio pensamiento.

Pero como toda defensa no siempre es segura, ni la fe ni la ideología alcanzan a pulverizar los problemas, tal como les sucedió a unos fundamentalistas cristianos que enviaron una carta transmitiendo su angustia suscitada porque el padre se había quedado sin trabajo; decían: *“Pedimos oraciones por nuestra situación económica ya que X. fue despedido [...] Orar es necesario porque encontrar trabajo es muy difícil. Creemos que la mano de Dios estuvo presente en esta situación y hubo una indemnización que nos ayudará [...] Confío que Dios tenga también un plan para esto. Por favor, rezad para que se abran nuevas puertas de trabajos. Dios os bendiga. XM”*. Dejando de lado la dimensión catártica y de pedido de ayuda para conseguir trabajo, en la carta se puede conjeturar cómo intentan tranquilizarse y contener su angustia pensando que en el despido intervino Dios y que responde a un plan divino más que a una crisis económico-social, y por otro lado se pide que se fuerce al Dios –a través de la oración- a brindarle un trabajo porque la fe no les alcanza para disolver el sufrimiento ni para solventar los gastos.

La “mano de Dios” y el “mundo de los hombres” es una organización binaria del mundo, tan simple como la de Luis, un joven lesionado cerebral con un buen desarrollo simbólico aunque lastrado por interpretaciones delirantes que por momentos tiene una cosmovisión esquemática, como la de ciertos fanáticos. En una sesión expresaba su enfado con su padre porque éste entraba en su habitación contaminándola; Luis decía que su padre, al pasar por la acera de un colegio siente el olor de los alumnos que irán por la tarde y esos alumnos -que son “inmigrantes ilegales, sin papeles”- son moros que tienen microbios y que luego el padre los mete en su habitación, “contaminando al olor español”. Dejaré de lado la dimensión del Edipo positivo (sus celos a la vida sexual de los padres [el padre que

entra en la habitación]) y negativo (el deseo de ser amado por el padre) y los celos a los posibles alumnos/hermanos; sólo señalaré la organización binaria del mundo (moros-españoles) y la admiración que él sentía por los líderes de esta organización binaria: Hitler y Franco. Luis decía con mucho orgullo: “Franco, que era amigo de Hitler, era español, con él no venían pateras y era el jefe de toda España”. Él, como muchos fanáticos, confía en que un dirigente fuerte evitará la desintegración y protegerá las fronteras (que en la realidad psíquica representan los diferentes esfínteres). Luis podía expresar que “Hitler odiaba a los judíos, homosexuales, gentes con disminución, inmigrantes de todas clases, enfermos mentales, down, y los mandaba a cámaras de gas o los hacía fusilar, también odiaba a los drogadictos. Hitler quería una raza superior, no inferior, sino superhombres”. Pero él, al rechazar a los moros, se identificaba con el agresor temido para negar así el terror de que él mismo hubiera sido eliminado, por eso en cierto momento dijo “yo nací en los ochenta y eso pasó en los cuarenta”. Pero su esquematismo fanático no libraba a Luis del sufrimiento que se le metía dentro en forma de microbios. Frente a estos microbios que representaban a los “moros, que son una mierda, unos cabrones que ponen bombas y nos quitan el trabajo y nos invaden como una plaga” y que “contaminan al olor español” emplea defensas obsesivas como “lavarse, ducharse y poner ambientador y pesticidas”, que en el fondo desearía eliminarlos; Luis, como muchos fanáticos, cree que el *apartheid* es la solución ¿final?

GRUPO

Mientras este paciente puede expresar su orgullo de ser español y rechazar a los moros se defiende de su sentimiento de inseguridad, vulnerabilidad, miedo al futuro y al mismo tiempo comunica una falsa sensación de poder; sensación vinculada a formar parte de un grupo amplio -llamado España-

con un idealizado líder vertebrador -Franco-. Aunque Luis evita el contacto con el mundo externo por donde campan los *skinheads*, se tranquiliza sintiéndose parte de una horda conducida por un padre con ciertos aspectos de primitivismo erótico-excitante y aterrador. La ambivalencia de Luis frente a su padre es semejante a la del hombre civilizado que “ha trocado una parte de posible felicidad por una parte de seguridad” (Freud, 1930, p. 40), pero el nivel de dependencia de Luis es tan grande que pocas rebeliones puede hacer frente a ese padre tan necesitado, amado y poderoso. Su tendencia al aislamiento le impide asociarse y formar parte de un grupo que le permitiría participar de esa característica común a todos los agrupamientos: la capacidad de reunirse hasta formar multitudes ávidas de acción y de impaciente venganza ante los agravios. Como decía Freud (1930) al “hombre no le resulta fácil renunciar a la satisfacción de estas tendencias agresivas suyas; no se siente nada a gusto sin esa satisfacción. Por otra parte, un núcleo cultural más restringido ofrece la muy apreciable venganza de permitir la satisfacción de este instinto mediante la hostilidad frente a los seres que han quedado excluidos de aquel. Siempre se podrá vincular amorosamente entre sí a mayor número de hombres, con la condición de que sobren otros en quienes descargar los golpes. En cierta ocasión me ocupé en el fenómeno de que las comunidades vecinas, y aún emparentadas, son precisamente las que más se combaten y desdeñan entre sí, como, por ejemplo, españoles y portugueses, alemanes del Norte y del Sur, ingleses y escoceses, etc. Denominé a este fenómeno *narcisismo de las pequeñas diferencias*, aunque tal término escasamente contribuye a explicarlo. Podemos considerarlo como un medio para satisfacer, cómoda y más o menos inofensivamente, las tendencias agresivas, facilitándose así la cohesión entre los miembros de la comunidad” (p. 39/40). Mientras haya moros sobre quienes descargar las limitaciones y la propia hostilidad, Luis podrá auto percibirse como español, de raza superior. Pero si ese

sentimiento de superioridad es compartido por un grupo y el superyó se puede fusionar en un superyó grupal que sanciona y acredita la acción, estarán dadas las condiciones para cometer los mayores crímenes en nombre de un ideal, de una patria, de una bandera o de un dios. Crímenes que denuncian el fracaso del grupo para contener y modular las ansiedades más primitivas, permitiéndoles formas de expresión más inocuas.

Sorprende que ante la crisis financiera actual se piense en la responsabilidad de los líderes y se pida una rectificación de sus honorarios; está implícito en este modo de actuar ante la crisis el modelo de que los líderes son los responsables, sin reconocer que los grupos crean sus líderes con la tarea de que ponga palabras a sus deseos inconscientes; el líder es una función del grupo y por ese motivo éste lo coacciona a que se someta a su silenciosa voluntad, a riesgo de ser destituido si no obedece o a convertirlo en el chivo expiatorio. Cuando Amos Oz (op. cit.) dice que “el culto a la personalidad, la idealización de líderes políticos o religiosos, la adoración de individuos seductores, bien pueden constituir otras formas extendidas de fanatismo” (p. 23), creo que está hablando de formas de expresión del fanatismo pero no de su creación; no fue Hitler el que creó el nazismo sino un pueblo en determinadas coordenadas históricas. Me parece erróneo condenar a los líderes y exculpar a los grupos, estableciendo así una engañosa disociación. Suele suceder que ante tragedias se menciona al líder como responsable, con el viejo modelo de que eliminando al perro se elimina la rabia; se ha nombrado a Hitler, pero se podría nombrar a otro líder carismático y destructivo, como David Koresh quien se había autoproclamado la reencarnación de Cristo y que al frente de la Iglesia Adventista del Séptimo Día desencadenó la matanza de Waco, Texas, en 1993. La tendencia a tomar la parte por el todo indica una seria restricción en la capacidad de pensar, además de una técnica para impedir cualquier cambio, al estilo del Gatopardo.

Pertenecer a un grupo conlleva beneficios y renunciaciones. El beneficio resulta del hecho que “las instituciones son utilizadas –según E. Jacques (1979)- por sus miembros para reforzar sus personales mecanismos de defensa contra la ansiedad, y para la expresión y gratificación de impulsos libidinales en actividades sociales constructivas” (p. 458); pero el beneficio se contrabalancea con la dosis de obediencia que exigen las instituciones. Es conveniente tener en cuenta aquí que el fanatismo suele ganar terreno cuando “nos sometemos –dice H. Segal (op. cit.)- a la tiranía de nuestros propios grupos. Si proyectamos demasiado en nuestro grupo, renunciamos a nuestra propia experiencia y el grupo nos tiraniza; seguimos como ovejas ciegas conducidas al matadero. Esto no significa que hemos de aislarnos y disfrutar de cierta superioridad desde la torre de marfil de nuestras perspectivas; somos miembros del mismo grupo o de otro y tenemos parte de responsabilidad por lo que ‘nuestro grupo’ hace. Incluso cuando estamos pasivos y nos sentimos distantes nuestra apatía abandona al grupo a su suerte”. La responsabilidad por los grupos de pertenencia se ejerce desde la participación en los Grupos de Trabajo y la rebeldía frente a funcionamiento de Supuestos Básicos; esto implica conservar un “punto de vista” aunque resulte molesto al grupo, que suele sentirse satisfecho cuando reina un falso sentimiento de estar bien “entre nosotros”.

La vida en grupo y la del pensamiento no tienen buena conjunción. Freud, en *Psicología de las masas* ilustró cómo el incremento de afecto y la inhibición del pensamiento son los hechos básicos de la psicología de los grupos. Bion, a partir de la hipótesis de que es el objeto ausente el que estimula la emergencia del pensamiento, considera a la vida del grupo como el “enemigo” de la actividad mental porque en el grupo no existe objeto ausente: se está continuamente rodeado de objetos presentes. La continua presencia de los objetos, tal como sucede en la vida grupal, impide el duelo y la internalización de los objetos “ausentados” y, a su vez,

al encerrar al sujeto en un pensamiento uniformado por la vida grupal al facilitar la imitación bidimensional, obstaculiza el desarrollo de la imaginación.

IMAGINACIÓN

Al fanático le cuesta imaginar algo distinto. No pueden cantar *Imagine* de John Lennon:

Imagina que no existe el Cielo
 Es fácil si lo intentas
 Sin el Infierno debajo nuestro
 Arriba nuestro, solo el cielo
 Imagina a toda la gente
 Viviendo el hoy...
 Imagina que no hay países
 No es difícil de hacer
 Nadie por quien matar o morir
 Ni tampoco religión
 Imagina a toda la gente
 Viviendo la vida en paz...

No pueden imaginar porque no observan, no miran; el Cielo y el Infierno existen y las cosas son de una sola manera. En el mundo no hay individuos, ni seres singulares sino sólo categorías, y por eso la realidad está compuesta por clases, por conjuntos: negros, moros, arios, rumanos ladrones, charnegos, ricos, etc. Las personas son objetos parciales, ejemplares de una clase y por eso mismo se puede despreciar a los “inmigrantes que quitan el trabajo”, como me decía Luis, sin darse cuenta de que estaba con un inmigrante. Sin observar lo particular no se puede imaginar. Ante la carencia de imaginación del fanático, Oz (op. cit.) alberga “la esperanza –desde luego, muy limitada- de que inyectando algo de imaginación en algunos, tal vez los ayudemos a reducir al fanático que llevan dentro y a sentirse incómodos. No es un remedio rápido, no es una cura rápida, pero puede ayudar” (p. 23); él cree “que una persona capaz de

imaginar lo que sus ideas implican [...] puede convertirse en un fanático a medias, lo que ya entraña una ligera mejoría”, es decir, si Luis se hubiera dado cuenta de que estaba insultando a su analista tal vez hubiera podido ser menos miope, menos fanático. Pero él no hablaba con un inmigrante porque miraba desde su vértice: era “su” psicoterapeuta, porque se puede reclamar que se expulsen a todos los inmigrantes menos a ¡mi asistente!⁴

El antídoto contra el fanatismo consiste en observar la complejidad de la realidad, desde todos los ángulos de vista posible. Esto requiere la capacidad de salir de sí mismo para aventurarse a lo desconocido del objeto, pero para esa aventura es necesario estar intrapsíquicamente integrado y sostenido en objetos internos totales, complejos y con capacidad para la interrelación; esta infraestructura sostendrá la riqueza de la imaginación y posibilitará el descubrimiento de los significados.

El significado se genera en la interrelación de los elementos iconográficos⁵ presentes, por ejemplo, en el sueño o en la poesía. La canción de John Lennon adquiere su significado en la interrelación de los elementos, lo cual resulta imposible en una persona fanática. Esta imposibilidad surge de la incapacidad para imaginar qué sucede en la mente de otra persona. Cuando el fanático hace el ejercicio de imaginar qué está pensando otra persona suele quedar pendiente más de los tipos de pensamientos que tiene que de observar cómo se interrelacionan las ideas. El tipo de curiosidad del fanático es más posesiva que indagadora; le interesa contabilizar los pensamientos y poseerlos, no importándole invadir los espacios privados ajenos; es una curiosidad intrusiva.

Si en la cima del desarrollo simbólico de la parte adulta de la personalidad están la imaginación creadora y no celosa, la experiencia estética y las relaciones íntimas, se podría señalar que en el otro extremo se hallará al amental arco reflejo. Meltzer (1980b) señalaba que el camino regresivo desde la imaginación hacia lo amental comienza con “el retiro desde la

posición depresiva a la esquizo-paranoide; el segundo, en el retiro del objeto total al objeto parcial (es decir, de un objeto con una identidad individual a un objeto con una identidad de clase), el paso siguiente es desde la relación objetal al narcisismo (es decir, desde la relación de tipo familiar a la de grupo tipo “banda”); finalmente, es el retiro desde la banda-narcisista al grupo de Supuestos Básicos. Es aquí donde sucede el pasaje desde la tridimensionalidad a la bidimensionalidad: me parece, de hecho, que en los grupos de Supuestos Básicos la modalidad de identificación sea adhesiva, consistiendo en la imitación del comportamiento de los otros miembros del grupo. [...] El paso siguiente es el aislamiento tal como podemos verlo en el niño autista. Luego tenemos el desmantelamiento autista, es decir, la unidimensionalidad del autismo propiamente dicho”. Este camino regresivo desde un objeto con interioridad (tridimensionalidad) en donde se generan los significados hasta un objeto desmantelado, pura superficie, crea las bases para una actitud fanática porque es más fácil atribuir significado a un objeto reducido a la exterioridad, sobre el que se pueden colgar carteles basados en el color de la piel o en la entonación. En ese sentido, el modo de funcionar de Luis sugiere una identificación adhesiva a su padre, persona hábil en el manejo de los objetos pero con escasa capacidad para imaginar, dependiente de indicaciones concretas para la acción y que no siempre comprende. La madre parece más inteligente pero al deprimirse con el nacimiento de su hijo, lesionado, se alejó de él, quedando éste más en manos del padre y de la abuela que de ella misma. El empuje vital de Luis fue encontrando respuestas evasivas, concretas, que impedían un desarrollo simbólico complejo que posibilitara ir más allá de un mundo de moros y de españoles de alta raza.

El fracaso en la *reverie* parental y la ausencia de una observación imaginativa estimula a quedarse en la superficie de los objetos y, por tanto,

lejos del significado de la experiencia y de los hechos; pero quedarse en la superficie o con un solo aspecto del fenómeno, desmantelado, tranquiliza al fanático porque le evita encontrarse con aspectos misteriosos y contradictorios en el objeto, que podría acercarlo a una situación de conflicto y de cambio. Antes que arriesgarse a aprender de la experiencia prefiere llenar su mente con objetos contruidos con su fantasía. El temor al “Conflicto estético” (Meltzer) lo lleva a refugiarse en un mundo de certezas contruidas en base a simples generalizaciones.

Meltzer (1980^a), en la conferencia “Del símbolo”, diferenció entre imaginación y fantasía diciendo que “la imaginación es la función mientras que la fantasía es el producto de la imaginación” y, a continuación, Martha Harris añadió “que se puede hablar de imaginación sólo desde el momento en que ya existe un objeto interno con la capacidad de ser utilizado para producir imágenes y para contener la experiencia de la imaginación”. En estas intervenciones se señala que la imaginación es dependiente de la internalización de un objeto capaz de producir imágenes y representaciones y de contener la experiencia, cosa alejada de las posibilidades de Luis y de las personas fanáticas, que al disponer de objetos internos bidimensionales aptos para funcionar operativamente en el mundo de los hechos no lo son para funcionar en el mundo de los significados complejos; con “moros” y “españoles” se construye una simple y suficiente organización del mundo. Para el grupo familiar o institucional fanático existen el Cielo y el Infierno, todo lo demás son imaginaciones peligrosas. La manera como se podría favorecer el desarrollo de la imaginación y del pensamiento es estimulando diferentes vértices, y que cada miembro pueda mirar los fenómenos desde diferentes perspectivas, pero para eso habrá que luchar contra la tendencia a la homogenización en Supuestos Básicos.

ABSTRACCIÓN

Del mismo modo que la presencia continua de los objetos puede impedir el desarrollo del pensamiento y la incapacidad para trascender la epidermis de las experiencias, la ausencia de relaciones obstaculiza la experiencia emocional de aprehender la realidad. La aprehensión de los objetos y de sus interrelaciones es lo que posibilita el desarrollo del conocimiento; y la aprehensión es dependiente del proceso de la abstracción. La abstracción consiste en indicar y separar elementos o propiedades de un objeto o de varios objetos o conjuntos y de las relaciones que dichos objetos tienen entre sí para deducir caracteres comunes y entonces construir con esos datos un concepto. Un óptimo proceso de abstracción está correlacionado con una mayor captación de variables en los fenómenos.

Para abstraer es necesario observar una serie de datos considerados esenciales y al mismo tiempo tener la intuición necesaria como para arriesgarse a formular un concepto; salto al vacío que no siempre es tolerado; por ejemplo, algunas personas siempre están esperando nuevos datos, nunca suficientes, quedando imposibilitadas para formular una opinión o crear un concepto. El temor a quedar paralizados, como les sucede a algunos obsesivos, puede empujarlos a emitir opiniones precipitadas. El fanático al tener dificultades para una observación imaginativa suele generalizar a partir de una experiencia parcial muy poco explorada; esto unido a la precipitación se estimula más el prejuicio que el juicio basado en la observación y la abstracción. Como decía Bion (1962) es necesario el contacto con “objetos dulces, amargos, ácidos” para abstraer “la dulzura, la amargura y acidez” (p. 89), pero como el objeto turba al fanático, le mueve a definir prejuiciosamente, obteniéndose sólo afirmaciones parciales fanáticas en lugar de una verdadera aproximación a la realidad. Para esta tarea, la renegación es otro infaltable aliado. Por el contrario para que el proceso de aprehensión sea posible es necesaria la

experiencia y la capacidad de abstracción; tal como decía Bion (op. cit.) si existe un objeto concreto capaz de satisfacer los sentimientos de hambre del bebé y “suponiendo una capacidad para la abstracción, el lactante puede sentir que de la experiencia total puede separar un elemento, que es la creencia de que existe un objeto que puede satisfacer sus necesidades” (ídem, p. 90); esa creencia de que existe un objeto es el resultado de la reiterada experiencia de encontrar al pecho cuando sentía hambre o dolor. Traduciendo esto al lenguaje de la lógica sería si $p \cdot q$ entonces r ; esto significa que si el estado de necesidad encuentra un pecho que alimenta entonces sobreviene la experiencia emocional de satisfacción. Por tanto, abstraer significa revelar la “relación” (de conjunción y consecuencia) entre “elementos” (p y q). Pero en el funcionamiento fanático se torna casi imposible establecer esta relación porque los elementos son colocados a tal distancia⁶ entre sí que se torna casi imposible construir una *gestalt* y hacer la comparación; de ese modo las afirmaciones del fanático pueden quedar fuera del espacio y del tiempo, deviniendo eternas; y las generalizaciones y los eslóganes se tornan incuestionables, no contrastables. Así como el psicótico queda atrapado en el pensamiento concreto y en objetos bizarros, el fanático al dismantelar a los objetos y la vivencia del tiempo y del espacio, levita sobre la realidad; por el contrario, el poeta tiene la capacidad de alejarse de toda cosa concreta para hacer “posible un descubrimiento de relaciones entre ellas” (Morey, op. cit., 310). Cabe preguntarse si la destrucción de las víctimas a mano de los fanáticos, cuando dinamitan los cuerpos, no sería una manera perversa de realizar la fantasía de descomponer los objetos sin posibilidad de síntesis alguna.

La tolerancia a la frustración es condición esencial para aprehender la realidad. Bion (1962) dice que “si la persona que está aprendiendo no puede tolerar la frustración esencial de aprender se permite fantasías de omnisciencia y una creencia en un estado en que las cosas se saben. Saber

algo consiste en ‘tener cierto’ conocimiento” (p. 96). El fanático lejos de buscar los conocimientos apela a la creencia de que los posee “obviamente”, creencia que surge desde la arrogancia y se basa en la omnisciencia. El fanático no pregunta porque tiene la certeza de que la realidad es tal como él la ha definido y está dispuesto a defenderla con todo tipo de armas, dialécticas o explosivas. Para evitar el dolor frente a la aprehensión de lo desconocido el fanático apela a una abstracción absoluta; con este término describo la estrategia de desarmar al objeto y mantenerlo soberbiamente desarmado a distancia y paralizado sin permitirle juntarse, reunirse. Cabría preguntarse si en la pintura de Joan Miró no habría algo de esta abstracción absoluta, pues es tan alto el nivel de abstracción en sus últimas obras que sólo una mente integradora puede intuir al objeto origen de la primera transformación. Pero existe una diferencia esencial entre el artista y el fanático, pues el artista puede abstraer y metaforizar creando un objeto capaz de despertar evocaciones en el espectador, mientras que el fanático inmoviliza tanto al objeto inicial como pretende paralizar y controlar omnipotentemente al espectador.

El interior del fanático, como el del autista, está organizado como un Museo; ese interior fue descrito claramente por Shirley Hoxter al informar sobre Piffie, un niño con autismo residual: “El fracaso en lograr la introyección e integración de objetos dinámicos vivos constituyó una gran dificultad en la terapia de Piffie. Su espacio interior trabajosamente desarrollado estaba organizado como un museo, con especímenes identificados escolarmente, cada uno aislado en su propio estuche para ser guardado y recordado eternamente -pero jamás para ser usado-.” (Meltzer, D., et al., 1975, 3° ed. 1991, p.177). Esta pretensión de apoderamiento eterno del objeto y el anhelo de inmovilismo expresado en los controles obsesivos primitivos sostiene “las convicciones fanáticas que emergen no sólo para evitar un Cambio Catastrófico sino para mantener el mundo frío,

aislado, muerto, escindido y deteriorado del fanatismo en su forma más pura” (Sor y Senet de Gassano, 1993, p. 49). En un mundo eterno e inmortal en donde cada cosa ocupe siempre su mismo lugar no hay sitio para la duda sino para las certezas. El principio de incertidumbre (Heisenberg) o la “capacidad negativa” (Bion) no tiene lugar en el páramo fanático”, decía en otro lugar (Tabbia, C., 2007).

Si de una abstracción normal se puede formular un concepto que conserva las notas esenciales del objeto original, en las “no-transformaciones fanáticas” (Sor y Senet de G., op. cit.) se produce un concepto que suelda elementos que mantienen “una coherencia reforzada con total desprecio por los hechos, los vértices o las articulaciones”; desprecio significa no observación, generalización arbitraria que origina “un conjunto de ideas no necesariamente coherentes que se mantienen ‘soldadas’ por así decir, resistiendo cualquier embate que provenga de la lógica, la realidad o las emociones. El origen de este fenómeno se sitúa en los mecanismos de escisión y aislamiento” (Sor y Senet de G., op. cit., p. 57); coherente con esta formulación, afirman que “un fanático necesariamente emergió de una estructura autista” (ídem).

El discurso fanático se llena de términos absolutos, como las “máximas” -“patria”, “nación”, “lo nuestro”, “nosotros somos trabajadores mientras que los del sur viven a nuestra costa”, “los moros nos roban el trabajo” como decía Luis- y contiene eslóganes que devienen mojones incuestionables que no resisten un análisis profundo. Como dicen Sor y Senté de G. (op. cit.) el concepto de Idea máxima⁷ nombra una idea simple, aislada de toda relación e imposibilitada de ser sometida al contraste con otras ideas que de ese modo se convierte en un concepto incuestionable y vertebrador del argumento. Se organiza como si uno de los elementos iconográficos del campo simbólico se separara hacia un espacio infinito y solitario en donde reina eternamente, como suele suceder con los

movimientos fanáticos que se retiran del mundo para crear su realidad. La idea fanática, la idea máxima, la consigna es como la sombra: pasa por el agua y no se moja; esta idea puede pasar de generación en generación sin inmutarse, como los secretos en la familia. La habilidad para permanecer eterna e inmutable consiste en convertirla en un ser en sí desconectada de su contexto, con la técnica del reflector, como la prohibición de comer carne de cerdo en las culturas semíticas: lo que era una medida higiénica devino un concepto religioso de severo cumplimiento aún en las sociedades que disponen de frigoríficos...

“Las ideas fanáticas o Máximas –decía en otro sitio- suelen estar referidas a temas muy vinculados a lo doméstico, es decir, al mundo original del *fanum* o del *domus*. La raza, la patria, los valores, la religión, etc. son las proyecciones de vínculos primitivos derivados de la vida del *domus*. Los dioses de los lares regulan la alimentación, los vínculos entre los géneros y la relación con los antepasados convertidos en dioses; su función es garantizar la continuidad de la vida. Estos organizadores ideológicos convertidos en dogmas se incorporan a nuestras vidas simultáneamente con los olores de la comida familiar. El olor de los pezones y los ojos de nuestra madre construyen a la diosa Gea que nos engendró y contuvo. Si tales ojos se convierten luego en estímulo misterioso generador de conflictos, el niño podrá desarrollarse como sujeto psíquico; de lo contrario se detendrá el proceso de humanización. Cuando la madre y la familia funcionan como un instrumento al servicio de transmitir la Idea Máxima no se tolerarán los interrogantes, las diferencias, la oposición y en aras a la Idea Máxima se intentará obligar a que el hijo vuelva al redil. La seducción, la coacción, la violencia física, el chantaje, el reproche, o el soborno son medios empleados para conseguir que el hijo no altere la ideología familiar” (Tabbia, C., op. cit., p. 25-6).

La antítesis al funcionamiento fanático queda reflejada en el comentario de Baumann (op. cit.) cuando dice que “George Steiner, un agudo crítico cultural y el más perspicaz, nombró a Samuel Beckett, Jorge Luis Borges y Vladimir Nabakov como los más grandes escritores contemporáneos. Lo que en su opinión unía a los tres, por otro lado virulentamente diferenciados, y los hacía descollar sobre los demás era que se movían cómodamente por varios universos lingüísticos diferentes. Esta continua transgresión de los límites les permitió investigar la invención humana y la ingenuidad que se esconde tras las pétreas y solemnes fachadas de credos aparentemente atemporales e inexpugnables, proporcionándoles así el valor necesario para sumarse a la creación cultural con complicidad, conscientes de los riesgos y escollos que marcan de forma indeleble todas las extensiones ilimitadas” (p. 37/8). Las pétreas y solemnes fachadas de credos aparentemente atemporales e inexpugnables de los fanáticos que si no fuera porque se pueden tornar malignos, violentos o excluyentes, causarían asombro, sonrisa o sonrojo y quizás una dosis de añoranza de aquella época en la que creíamos en los Reyes Magos o que los niños eran traídos por la cigüeña...

IDENTIDAD

El fanatismo es un desafío para los psicoanalistas porque estos no se quedan con lo manifiesto, se interrogan por el significado y creen en el cambio psíquico. Una de las tareas psicoterapéuticas fundamentales consiste en modificar el superyó; esto se logra cuando se modulan las emociones y se crean o rehabilitan los objetos internos. Rehabilitar consiste en permitirle a los objetos su autonomía para que ellos mismos se reparen mutuamente y se desarrollen a su manera, y no según el modo como los niños quieren; si estos objetos obtienen su libertad y se enriquecen podrán convertirse en inspiradores para el *self*. El concepto de los objetos como

modelos para el *self* puede inducir a error si se cree que esos objetos habrán de devenir modelos concretos de identificación; no se trata de copiar las características concretas sino lograr identificaciones parciales de las funciones que ejercen dichos objetos. Una identidad bien constituida es la que se basa en identificaciones parciales de características y funciones de los diversos objetos internos (padres, hermanos, maestros, etc.).

En los grupos fanáticos se encuentran personas con identidades “pétreas”. Los grupos familiares organizados en torno a una ideología incuestionable se esmeran para que sus integrantes sigan el modelo doméstico. Con colegios cuidadosamente elegidos, amistades vigiladas, lecturas recomendadas, etc., se pretende que el camino elegido no se pierda. Al sujeto le queda la tarea de internalizar los modelos ofrecidos por el grupo fanático o construir sus propios objetos y modelos. Un fanático es el resultado de la internalización de objetos que han entrado en su aparato psíquico sin modificación alguna; de ese modo, las características del objeto se incrusta en su interior. Pero lo que se incrusta es la caracterización concreta de los objetos y no sus funciones, no es la capacidad de cocinar e inventar sino la imitación minuciosa y eterna de tal plato, que ha de ser siempre igual. La incorporación de objetos concretos en el aparato psíquico da por resultado un superyó rígido y una identidad pétreas. Bassols, R., Beà, J., y Coderch, J. (1985) expresan diáfaramente cómo la internalización de objetos y modelos concretos crean personas rígidas con una falsa identidad tal como se puede observar también en los fanáticos: “Creemos que la capacidad para estructurar una identidad flexible, abierta a nuevas experiencias y permeable a todas las influencias que inciden sobre ella, de manera que tenga la capacidad de modificarse adecuadamente y sostener un desarrollo continuado a la largo de su vida, depende del tipo de internalizaciones que se han tenido en la primera infancia. Los objetos pueden tener una cualidad ahogante, cuando quedan

poco vinculados al yo, cuando permanecen como objetos enquistados de los que emanan órdenes, prohibiciones y exigen ser imitados en todo, y fuerzan al yo a conformarse en completa sumisión a sus decretos. En estos casos, se presenta una situación similar en relación con los valores. Se trata de unos valores rígidamente internalizados e instalados, que se han de servir de una manera inflexible, a pesar de que las circunstancias pueden cambiar, que aparezcan nuevos elementos de juicio y confrontación, sin que pueda contar la autonomía de pensamiento y la propia capacidad de apreciación. Entonces es cuando encontramos sujetos con una identidad como solidificada, impermeable a nuevas experiencias, porfiadamente aferrada a lo que han adquirido en la infancia. Creemos que este tipo de identidad –que, en realidad, es una falsa identidad- se encuentra cuando se han internalizado los contenidos concretos como objetivos e ideales que es necesario servir y a los que uno se ha de dirigir, es decir, como ideas esquemáticas y valores totalmente adscriptos a unas pautas determinadas de actuación o de relación. [...] La clave de esta cuestión reside en el hecho que, para que sea posible la permeabilidad, la evolución adecuada según los momentos, y la asimilación de todo aquello que de nuevo aporta la vida, es necesario que lo que el infante internalice no sean contenidos concretos, ideas objetivadas, etc., sino funciones y símbolos. Así [...] no es tal o cual verdad lo que conviene incorporar, sino el amor a la verdad, a la búsqueda de la verdad, la honestidad frente a la verdad; o bien, no tal o tal manera de comportarse los padres respecto a los hijos, sino la función de la paternidad y la maternidad, la capacidad de ser padre o madre, de hacer que los hijos crezcan, de alimentarlos. En este caso, el sujeto no se sentirá constreñido, por tal de no traicionar a los padres o a su ideal del yo, a seguir inevitablemente una única verdad, aquella que le fue enseñada, sino que tendrá la capacidad de perseguir la verdad allá donde esté, de estimarla y

permanecerle fiel como homenaje a unos padres que le han inculcado este amor a la verdad” (p. 182/3).

El amor paterno se manifiesta cuando desde la función parental se acompaña el desarrollo del hijo sin pretender conducirlo por una única senda, la verdadera. La pretensión de que el hijo siga la misma senda que el padre, más que un deseo amoroso es una expresión de la pulsión de muerte. Frente al modelo fanático de que existe una verdad, que ha sido recibida y que protege pero constriñe, existe el modelo de la personalidad que se desarrolla a través de la tarea de ir construyendo sus verdades en el contacto reflexivo con el mundo, lejos del sometimiento y de la imitación adhesiva de las características concretas de los objetos.

Bibliografía:

- Bassols, R., Beà, J. y Coderch, J.** (1985): “La identitat i els seus límits”, *Revista Catalana de Psicoanàlisi*, Vol. II N° 2, 173-188
- Baumann, Z.** (2007): *Identidad*, Losada, Bs. As.
- Bion, W. R.** (1962): *Aprendiendo de la experiencia*, Paidós, Barcelona, 1980.
- Bion, W. R.** (1967): *Volviendo a pensar*, Ed. Horme, Bs. As., 1977; cap.: “Desarrollo del pensamiento esquizofrénico”..
- Escribano, L.** (2001): *El fundamentalismo islámico*, Acento editorial, Madrid. ISBN 84-483-0572-8
- Freud, S.** (1921): *Psicología de las masas y análisis del Yo*, B. Nueva, Madrid, 1948.
- Freud, S.** (1930): *El malestar en la cultura*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1968.
- Jacques, E.:** “Los sistemas sociales como defensas contra las ansiedades persecutoria y depresiva. Una contribución al estudio psicoanalítico de procesos sociales”, en *Obras Completas de Melanie Klein, IV*, 1979, 458-477.
- Maridorriga, J.** (2003): “El poder de El Seminario (Al Hausa)”, *El País, Domingo 18-5-2003*, Reportaje, Madrid.
- Meddeb, A.** (2003): *La enfermedad del islam*, Galaxia Gutenberg, Madrid.
- Meltzer, D.** (1980a): “Del símbolo”. Sem. de Perugia, 25/26-X-1980. Quaderni di psicoterapia infantile/5 *Simbolo e simbolizzazione*, Borla, Roma, p. 127-141. Traducción al español: www.grupopsicoanaliticobarcelona.org
- Meltzer, D.** (1980b): “Sulla immaginazione”, *Quaderni di psicoterapia infantile*, Borla, Roma, 1984, 132-169. Traducción al español: www.grupopsicoanaliticobarcelona.org
- Meltzer, D., et al.**, (1975): *Exploración del autismo*, Paidós, Bs. As., 3° ed. 1991
- Meltzer, D.** (2002): “Considerazioni attuali sull'autismo”, en: *Transfert, Adolescenza, Disturbi del pensiero. Mutamenti nel metodo psicoanalitico*, a cura del Gruppo di Studio Racker di Venezia, Armando editore, Roma, 2004, pp. 158-162. Trad. al español en www.grupopsicoanaliticobarcelona.org
- Morey, M.** (2007): *Pequeñas doctrinas de la soledad*, Ed. Sexto Piso, Madrid.
- Oz, Amos** (2002): *Contra el fanatismo*, Ed. Siruela, S.A., Madrid, 2003.
- Quesada, J. D.** (2009): “Una tribu bajo sospecha”, *El País, Domingo*, 15-03-09, p. 8-9.

Segal, H. (2003): “The mind of the Fundamentalist/Terrorist. Not Learning from experience: Hiroshima, the Gulf War and 11 September”, The Institute of Psychoanalysis, News & Events, Annual Issue 2003. Traducción al español: www.grupopsicoanaliticobarcelona.org

Sor, D. y Senet de Grassano, M. R., (1993): *Fanatismo*, Ed. Ananké, Chile. ISBN 956-7152-04-7.

Tabbia, C. (2007): “Resistenza al cambiamento nel funzionamento fanatico”, en **F. Spadaro e C. Tabbia**: *Il fanatismo. Dalle origini psichiche al sociale*, Armando editore, Roma, 13-33

Vattimo, G. (2009): “¿Es la religión enemiga de la civilización?”, *El País*, 1-3-09, p. 9.

Notas:

¹ La técnica del reflector consiste en iluminar una parte de la realidad o de un discurso ajeno dejando todo el resto en la oscuridad, siendo el contexto lo que daría sentido a esa parte iluminada.

² Frente a un panorama saturado de inseguridad, el cardenal Ratzinger denunció en el Cónclave del 2005 la “dictadura del relativismo” y salió del mismo elegido Papa con el nombre de Benedicto XVI, en honor de san Benito quien luchó por la recuperación del orden cristiano en el decadente occidente de entonces.

³ El término latino *fanum* nombra a los lugares sagrados; los pueblos organizan la geografía delimitando lugares sagrados (templos, cementerios) y otros lugares adquieren carácter no sacro o pro-fanos en donde se puede depositar todo lo no considerado honorable. Esta organización de los espacios se puede observar en las conductas animales que conservan limpio el nido y evacúan los excrementos fuera del mismo.

⁴ Personal doméstico.

⁵ Los elementos presentados en los sueños adquieren su significación cuando se entrecruzan con otros elementos, según el modelo de los círculos que al superponerse en una parte otorgan un nuevo significado, del mismo modo que la superposición del rojo y el azul genera el violeta, tolerando al mismo tiempo que ambos colores perduren separadamente en otras zonas.

⁶ Las distancias adecuadas son condiciones fundamentales para el desarrollo de los pensamientos. El Jarrón de Rubin permite discriminar distancias. Un neurótico puede oscilar entre ver un jarrón o dos caras enfrentadas. Un psicótico verá sólo una de las dos opciones, o un jarrón o dos caras. El fanático no podrá ver ni lo uno ni lo otro porque pondrá a tal distancia ambas líneas enfrentadas en el dibujo que no se podrá organizar una *gestalt*, como las orillas del río, que no se las puede juntar ni comparar. Así como en el fanático los objetos son desmantelados y por tanto sus partes pierden la posibilidad de articularse creando un objeto, en el funcionamiento psicótico predomina la pérdida de distancia a través de la identificación proyectiva masiva que origina objetos bizarros; el ejemplo que mencionó Bion (1967 [1977], p. 60) es elocuente: aquel paciente que había proyectado aspectos de su aparato para mirar sobre el gramófono y luego sentía que el gramófono lo miraba.

⁷ Sor y Senet de G. (op. cit.) al referirse a la idea fanática como Idea Máxima entienden “una idea dogmática o mono-idea cuya característica principal es la de carecer de articulaciones con otras ideas. No es un problema de cantidad sino de **obstinación** basada en el aislamiento. No es que sea “mucho” sino que es “concentrada”. No acepta la pluralidad ni la convivencia, obviamente rechaza el intercambio, no cambia, no se transforma, jamás entra en crisis” (p. 249).

